

## EL ESCUDO DE LA DINASTÍA

Según informan algunos periódicos alemanes, el pasado día 6 el Sr. Camphausen ofreció su palpitante corazón a los “pactistas”. Su discurso “no fue muy brillante, pero *brotaba de lo más profundo del corazón*. Recordaba a San Pablo cuando decía: “Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, no soy más que un platillo que repica<sup>1</sup>.” Fue un discurso rebosante de ese sentimiento sagrado que llamamos amor. Presa de la inspiración, habló a los inspirados, y los aplausos duraron un buen rato... fue necesario interrumpir la sesión durante un tiempo para poder saborear completamente la impresión que habían dejado sus palabras y penetrar en ellas.”

¿Y quién era, pues, el héroe de este discurso que brotaba del corazón y que desbordaba amor? ¿Quién era el sujeto que inspiraba así al Sr. Camphausen, que hablaba con inspiración a los inspirados? ¿Quién era el Eneas de esta Eneida del 6 de junio?

¡Nadie más que el *príncipe de Prusia*<sup>2</sup>!

Relean en las actas estenográficas cómo el lírico presidente del Consejo describe el peregrinaje de este moderno hijo de Anquises; cómo llegó el día “en que la sacra Ilión arruinada quedó, y Príamo y las gentes de Príamo el lancero distinguido<sup>3</sup>”; cómo, al caer esta Troya de los tagarotes, tras errar a través de tierras y mares, fue arrastrado hasta la orilla de la moderna Cartago, donde le recibió amistosamente la reina Dido; y tuvo mejor suerte que Eneas I, pues se topó con Camphausen, que reconstruyó Troya todo lo que pudo y redescubrió el sacrosanto “terreno jurídico”; cómo Camphausen logró finalmente que Eneas volviera a casa y cómo la alegría reina de nuevo tras los pórticos de Troya. Hay que leer el discurso, con todas esas florituras y adornos poéticos, para darnos cuenta de lo que significa eso de que un inspirado habló a los inspirados.

Por otra parte, el Sr. Camphausen aprovechó toda esta epopeya para hacer un ditirámico elogio de sí mismo y su propio ministerio. “Sí, dijo, el espíritu de la Constitución exigía que *nos* pusiéramos a la altura

<sup>1</sup> San Pablo, *Carta a los Corintios* (13-I-3).

<sup>2</sup> El príncipe de Prusia era el segundo hijo del rey Federico-Guillermo II de Prusia y de la reina Luisa. Al morir su padre en 1840, como su hermano Federico-Guillermo IV no tenía descendiente, fue designado sucesor bajo el título de “Príncipe de Prusia”. Combatió las tendencias liberales en la Dieta Prusiana y atrajo la ira popular. Cuando se produjo la revolución de 1848 tuvo que refugiarse en Londres y su palacio fue declarado propiedad de la nación. Pero desde comienzos de mayo el gobierno Camphausen facilitó su regreso, sin atender a las protestas y la indignación del pueblo de Berlín. El 8 de junio hizo su aparición en la Asamblea Nacional prusiana como diputado del distrito de Wirsitz. Al morir su hermano se convirtió en rey de Prusia bajo el nombre de Guillermo I y fue coronado emperador de Alemania el 18 de enero de 1871, en Versalles.

<sup>3</sup> “Un día habrá en que la sacra Ilión arruinada quede, y Príamo y las gentes de Príamo el lancero distinguido.” *La Iliada*, Canto IV 164-5 y Canto VI 448-9.

de los grandes individuos, que *nos* ofreciéramos como blanco de todos los ataques... Y eso es lo que ha sucedido. No hemos puesto delante de la dinastía como un escudo y hemos desviado todos los peligros y ataques.”

¡Qué cumplido para ese “gran individuo” y para la “dinastía”! ¡Qué sería de ella sin el Sr. Camphausen y sus seis paladines! Para expresarse así, el Sr. Camphausen realmente debe creer que la casa Hohenzollern es una poderosa dinastía, una dinastía “profundamente enraizada en el pueblo”. Desde luego, si el Sr. Camphausen hubiera hablado “con menos inspiración a los inspirados”, si su discurso hubiera sido menos pródigo en “este sentimiento sagrado que llamamos amor”, o bien si sólo hubiera dejado hablar a su Hansemann, que se contenta con hacer el papel de “un platillo que repica”, ¡le habría hecho un gran favor a la dinastía!

“Sin embargo, Señorías, no me expreso con la ferocidad del provocador, sino con la humildad de quien es consciente de que la gran tarea que tenéis, que tenemos delante, no se puede llevar a cabo si la Asamblea no se imbuye de un espíritu de *caridad* y de *conciliación*, si no son ustedes equitativos e indulgentes con el gobierno.”

¡Hace bien el Sr. Camphausen en implorar caridad e indulgencia a una Asamblea que tan necesitada está de la caridad y la indulgencia del público!